

El tesoro de los Reyes Magos

Ha pasado, pues, la Navidad... ; Árboles florecidos de escarcha; senderos que la espesa nevada ha cubierto como de tendida alfombra de armiño; pálido albor que entre las sombras de una noche de invierno anuncia la aurora del pesebre donde Jesús bajó al mundo; asno y buey que la fantasía del pueblo asoció al evangélico relato como para hacer partícipes del júbilo de la buena nueva a los compañeros de las más penosas labores... ; Pasarán muchos años; volverá muchas veces el ritmo fatal del tiempo a señalar con esa fecha otra noche en el cuadrante de la esterilidad. Y siempre, mientras nuestro corazón sea digno de sentir nueva la vieja emoción de poesía, nos parecerá esa noche de sentir divino descendiendo del cielo sobre la tierra. La noche de Navidad está llena de rumor de alas y poblada de celestes mensajeros. Todos sentimos, creo, que esa noche es, más que lo fueron las noches tolas para los poetas primitivos inspirados en una idea religiosa del mundo, sensibles al profundo misterio de la vida y de las cosas que nos rodean, sagrada, inmortal; una visible revelación de Dios entre tantas ocultas como la naturaleza contiene.

Orientándose en medio de la noche, llegaron ya al pesebre los pastores, avisados mientras hacían ronda nocturna a sus ganados en los antiguos valles que lindan con Bethléhem, allí donde fueron las heredades de Booz y se desarrolló la candorosa pastoral de Ruth la moabita. Vinieron los primeros los hombres del vivir sencillo y de la fe ingenua, pensamientos crédulos en los prodigios, almas hechas para la adoración. Privilegiados de la Buena Nueva, predestinados al reino de Dios, primogénitos de la gran familia cristiana, llegaron los hombres del pueblo y reverenciaron al Niño que yacía envuelto en sus pañales. Por encima del portal, como si hubieran cobrado consistencia y formas, engendros piadosos de la imaginación visionaria (leónada creadora de poesía que suele ser compañera de la fe simple) se tendió en verdad entre la tierra y el cielo una resplandeciente escala y cantos de alegría volaron en la noche conducidos sobre las alas del viento; Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

¿Quién agotará aún sólo el insosdable sentido humano de esa poema sagrado? La poesía de esas escenas es la que hechizó nuestra infancia; la que aviva la piedad tutelar de las cunas; la que consola a los humildes; la que presenta a los siglos, entre la miseria del portal, cercado de viva claridad, el arquetipo divino de la familia... Desde lo alto de la colina de Bethléhem el pensamiento señorea el mundo espiritual. Allí, un modelo único y sublime muestra al ansia humana nunca saciada de perfección, el ideal encarnado del bien, de la verdad y de la belleza.

Pasó, pues, la Navidad. Y ahí que ahora desde ignoradas comarcas de Oriente, se encaminan hacia el lugar del nacimiento los reyes magos. El Evangelio deja indeterminado el origen de los viajeros atraídos hasta el pobre villorrio de Judea por el deseo de asistir al cumplimiento de la esperanza mesiánica que colmaba entonces las almas. Ante la imaginación que los sigue en su viaje de retorno, se entreabren las profundidades de Oriente, venerable una del mundo, patria remota de donde arrancan las genealogías divinas y donde se elaboran también los principios de la sabiduría occidental. Su prestigio circunda como de una aureola las frentes de los misteriosos viajeros: sacerdotes caldeos, a veces a explorar en el cielo las rutas de los astros; adivinos persas, iniciados en la ciencia de revelar los secretos del porvenir; astrólogos de Arabia, hechos a seguir inescapable monólogo en las inmensidades anasteras del desierto; señores, sino, de la India enorme... Más tarde, el pensamiento de los pueblos cristianos quiso que fueran reyes provenientes de opuestas regiones de la tierra, para inclinar sus majestades ante Jesús y depositar a sus pies tributos de todos los continentes. Para goiarlos se entendió en la noche el fulgor de la estrella reveladora; una maravilla nueva entre la maravilla eterna de las constelaciones.

Este viaje de los reyes magos ha ejercido inefable seducción sobre el espíritu de los pueblos. La imaginación ha trabajado sin cesar esa materia tradicional. Sobre la trama histórica de la narración evangélica ha sido bordada larga serie de figuras. Así, acrecido y retecado en esa labor milenaria, el episodio de los magos ha llegado a ser como un cuento inspirado cuyas páginas han ilustrado los más claros ingenios. Ningún otro del nuevo testamento abrió más libres perspec-

tivas a la mente creadora de los artistas. Y no hay tesoro de cuento oriental, de esos donde en palacios de pórfido y oro se acumulan en deslumbrantes montones las pedrerías que se esconden en el seno de la tierra, por donde desfile riqueza que valga lo que el fabuloso caudal de obras de arte, de realizaciones de belleza que ha llegado a formar el tesoro de los reyes magos. Quien hiciera el recuento de las joyas que han ido acumulándose en los cofres de la leyenda, hallaría miríadas en que compitieron los máximos orfebres de todas las épocas del arte cristiano.

Evocó la ofrenda de los pintores que la interpretaron hermanando formas y colores sobre muros o lienzos. Poned, al comenzar, los frescos que trazaron artistas inhábiles en las "celas" de las catacumbas a la dudosa luz de las lámparas; quizá no hallaréis cuadro famoso que os conmueva más que esas sagradas primicias. Podría, luego, ver representado el cortejo de los Magos en mosaicos bizantinos y en páginas iluminadas de palerios y misales. Siguiendo sus huellas asiáticas al amanecer del arte nacional en cada uno de los pueblos europeos y veréis animarse las rígidas formas primeras, como si las penetrara activo espíritu vital, acercándolas a plenitud de vida y perfección de hermosa. Para coronar la serie encontraréis en cada uno de ellos una obra maestra insuperada. Será ésta, si de Alemania se trata, un lienzo del grave y profundo Dürer, pintor genial de una raza cuyos ensueños vagos no tuvieron su expresión soberana en obras del pincel. El arte flamenco evocará muchas veces la escena figurada por la inteligencia heroica de Rubens; no hay en las galerías de Flandes obras que eclipsen a éstas. En la Florencia del Renacimiento podría fijarse nuestra predilección en un fresco de Benozzo Gozzoli donde reviven los santuosos cortejos de los magos que eran zala de la ciudad en el día de su fiesta; podría ser también el cuadro de Botticelli en que el artista ha dejado junto a la suya propia las efigies de los Médici; pero, por ser reliquia única de su autor, yo escogería más bien el exquisito tríptico de Gentile da Fabriano; en él figuran en primer término, junto al grupo clásico del portal, un príncipe joven vestido de un traje recamado de oro e incrustado de piedras preciosas, a quien un paje desahoga la espuela, un lebril de caza y corceles blancos que se encabitan en la impaciencia de la espera; en el fondo larga y brillante cabalgata desfilando por un abrupto camino de montaña...

Quando hubiérais acertado a dar cima a la interminable tarea, habría entonces que comenzar de nuevo para contar esculturas de catedrales y de claustros; figuraciones de sarcófagos de mármol, de relucientes de marfil, de esmaltados cofrecillos. Quedarían por conocer tapices bordados, entalladuras de coros, vidrieras coloridas donde se alegra la luz al cargarse de variados colores. Para reproducir en formas vivientes la pompa de un cortejo habría dramas litúrgicos, autos sacramentales y acompañamientos profanos. Su gloria podría celebrarse en romances del pueblo o en versos de excelentes poetas; lo mismo en la ligera melodía de un villancico, que en grandiosas y solemnes polifonías.

En cada retorno de su viaje traen los Magos algo más valioso que los recuerdos de poesía y de plásticas bellezas que debieron el ser a su historia. Suvo es el poder de crear para los espíritus infantiles las visiones de un mundo ilusorio y dorado, en que son verdaderas las ficciones de los cuentos. Al cruzar en la alta paz de la noche los legendarios viajeros, parece que se inclinaron un instante sobre las cunas silenciosas y tocaran con sus cetros de reyes las frentes dormidas; por sobre ellas queda flotando un ensueño encantado, como después del pasaje de la reina Mab, el grave filósofo, tanto como el poeta, fué el que identificó los orígenes del arte y del juego. ¿Quién sabe cuántos primeros intentos de arte nacieron en almas de niños en el imaginario que provoca cada año el pasaje de los visitantes reales?

¡Bienvenidos sean! Su fortuna está formada de prodigioso tesoro de fantasías inmortales, su don es siempre don de cosas innecesarias como el oro, el incienso y la mirra que ofendieron a Jesús. Y recordando su historia despierta en el fondo de nuestras almas un dejo bienhechor de sentimientos de infancia...

